

# cultura|s

Lecturas de verano



ALBERT AGENO

## Sí, señor, por supuesto, señor

El éxito de series como 'Downton Abbey' desató una fiebre por los 'arriba y abajo'; varios libros nos introducen ahora en la compleja realidad de aquel mundo. Unas propuestas con las que abrimos este suplemento dedicado a las lecturas veraniegas: de playa, montaña y otras variedades

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

A principios de 1890 y según el censo oficial, los criados formaban uno de los grupos más numerosos de los trabajadores en Gran Bretaña: de una población de veintinueve millones de personas entre Inglaterra y Gales, 1.386.167 mujeres y 58.527 hombres servían en casas particulares. Nada extraño si consideramos la plantilla que el duque de Portland tenía en su man-

sión de Welbeck Abbey a principios del siglo XX. A saber: un mayordomo mayor, un sumiller de cava, un mayordomo segundo, un camarero mayor, cuatro lacayos de librea, dos más para el mayordomo mayor, un encargado del comedor de los sirvientes, dos pajes, un chef, un chef segundo, una panadera, una panadera segunda, una cocinera mayor, dos mozas de cocina, una despensera mayor, otras des-

penseras y fregadoras, un portero de la casa, dos ujieres, dos porteros de cocina y seis encargados de mantenimiento. No hemos acabado la lista, pero les damos un descanso para asimilarlo. Después de años televisivos de *Arriba y abajo*, dos libros nos presentan la realidad del *abajo*. En 1972, el periodista inglés Frank Victor Dawes solicitó en un anuncio en *The Daily Telegraph* que cualquier persona que hu-

iera trabajado en el servicio doméstico le contara su experiencia en una carta. Las respuestas desbordaron a Dawes, él mismo hijo de una criada que empezó a servir a los trece años, pero que gracias a los cambios sociales y económicos no se había visto obligado a seguir esa vía y se había convertido en ese momento en el director de informativos de la BBC Radio.

El resultado fue *Nunca delante de los* >



Los propietarios de una mansión junto a los miembros del servicio, Gran Bretaña, 1885. GETTY

## Criadas, ahora: también manda la necesidad

El acercamiento de la escritora Cristina Sánchez-Andrade al servicio parte del extremo contrario al del periodista inglés: una representación de *Las criadas* de Jean Genet le lleva a evocar a la sirvienta de su abuela, que le sirvió de inspiración para una de sus novelas. Y a partir de ahí, a una reflexión sobre las condiciones actuales de las *Fámulas*, título de su breve ensayo recién publicado por Anagrama. Cinco testimonios de otras tantas mujeres procedentes de Portugal, Cabo Verde, Honduras y Nicaragua, vidas dedicadas a servir a los demás, unas veces, pocas, con el reconocimiento de quienes las emplean, otras, la mayoría, en una curva que va de la indiferencia a los abusos; historias de cómo la necesidad económica sigue nutriendo las filas de quienes pasan su jornada en casas ajenas. La precariedad está también detrás de *Criada* (Capitán Swing), la *memoir* de Stephanie Land de los años en que se empleó limpiando casas en EE.UU. para sacar adelante a su hija (y a ella misma). Convertida en una serie de éxito de Netflix, no hay nada complaciente en sus páginas, porque tampoco lo hay en ir recogiendo del suelo la ropa interior de los demás. Ni ahora ni con la reina Victoria.

> *criados* (Periférica), un documental escrito que se publica por primera vez en España y en el que se suceden los testimonios de personas de todos los escalafones de la profesión, regulada y estratificada como si se tratara del ejército. Y no es para menos, dadas las legiones de sirvientes de las grandes mansiones. Seguimos con la del duque de Portland: un ama de llaves, un ayuda de cámara, una doncella personal para la duquesa y otra para su hija, un aya, un tutor, una institutriz francesa, un lacayo para la sala de estudios y catorce criadas, además de seis técnicos y cuatro bomberos encargados de las calderas y los nuevos sistemas eléctricos, un encargado del teléfono y su ayudante, un telegrafista y tres serenos. Y aún no hemos acabado. Respiren. Pocos años antes de que el periodista iniciara su recopilación, una cocinera inglesa, Margaret Powell, publicó sus memorias con el título de *En el piso de abajo*, que ahora reedita Alba. Powell nació en 1907 en el seno de una familia pobre y tenía lo que se llamaba *cabeza para estudiar*, pero su sueldo hacía falta en la familia (siete hijos) y a los quince entró a trabajar de pinche en una cocina. A partir de ahí empieza una larga enumeración de casas y puestos, de lugares horribles y otros me-

**La edad de oro del 'abajo' fue la era victoriana, cuando se aceptaba que unos nacían para servir y otros para ser servidos**

jores, de instinto y ambición para lograr convertirse en cocinera mayor ella misma, y de búsqueda de novios que mudaran en marido y la sacaran de los fogones; unas memorias repletas de anécdotas que son mucho más que eso, como la obligación diaria de planchar los cordones de los zapatos, o la prohibición de entregar cualquier cosa en mano a la señora: había que presentarla en una bandeja de plata.

Eran los años veinte y para entonces el servicio ya no era lo que había sido en Gran Bretaña. La edad de oro de los *arriba* y *abajo* fue la era victoriana, cuando la riqueza se media en el número de criados y circulaban manuales como el *Book of household management*, escrito en 1861 por la señora Isabella Beeton, y en que instaba tanto a señores como a criados a mantenerse "en su sitio". Este aceptar cuál era el lugar que correspondía a cada uno en el mundo en función de su nacimiento, a unos servir y a otros ser servidos, fue uno de los fundamentos del servicio doméstico en el siglo XIX; el otro, la necesidad económica, que obligaba a las familias a colocar especialmente a sus hijas de criadas para asegurarles al menos la comida y el techo. Las condiciones de vida creadas durante la revolución industrial y el trabajo infantil convertían el servicio doméstico, por duro que fuera, en una opción a veces casi obligatoria, explica el periodista Dawes, pese a su mala consideración social. "Las doncellas no tenían libertad, estatus social ni privilegios", le escribió una antigua criada.

Pero el estatus también era muy variable: no tenían el mismo prestigio el servicio de un aristócrata que el de una casa de recursos discretos. Y desde luego los propios criados eran conscientes de su rango y protegían su posición en la jerarquía de *abajo*. En las grandes mansiones los cria-



Un mayordomo prepara café para los invitados en una fiesta en Londres en 1943. GETTY



La camarera austriaca Luise Horner lleva el té a sus señores en una casa británica, 1937. GETTY



Con la crisis del servicio aparecieron escuelas, como esta donde enseñan a trinchar, 1936. GETTY

dos superiores y los inferiores comían por separado, incluso sus vestimentas eran diferentes –tema vestuario: las criadas debían disponer de tres vestidos estampados para la mañana y dos negros para la tarde, además de delantales y cofias, que debían aportar ellas; algunas muchachas ahorraban durante años para comprarse el *ajuar* de servir—. En lo más bajo de la escala estaba la fregona, que limpiaba la cocina, fregaba sartenes y servía a los demás criados. La jerarquía se mantenía incluso a la hora de poner la mesa: el primer lacayo llevaba la plata, el segundo la vajilla y el mayordomo colocaba platos y vasos.

Las casas victorianas estaban pensadas para albergar a esas dos sociedades yuxtapuestas, una de ellas invisible; normalmente el servicio vivía en los attillos o en el sótano, en el caso de las cocineras, pero de nuevo aparecían las diferencias de clase: el mayordomo, la cocinera primera y el ama de llaves tenían habitaciones propias, el resto las compartían. Volviendo a la mansión del duque de Portland, a la plantilla del interior se sumaban treinta sirvientes en los establos y un número similar en el garaje, en los jardines y en la lavandería, un limpiacristales jefe y sus dos ayudantes; en total, dentro y fuera, más de

**Los criados de las grandes mansiones tenían mejores condiciones que la criada de una familia de clase media, que apenas podía pagarla**

un centenar de personas, con unas condiciones buenas para la época. El reverso eran los empleados de las clases medias, en su mayoría niños o adolescentes, ayudantes de cocina, sirvientas o limpiabotas, que sufrían la mezquindad de unos señores que los “trataban prácticamente como esclavos” y les escatimaban en la comida y las pagas para poder permitirse tener servicio, una o dos personas a lo sumo; el trabajo doméstico era agotador y aunque iban apareciendo aparatos para hacerlo más fácil, en muchas casas se negaban a comprarlos, para eso los tenían criados.

No es de extrañar que a medida que las demandas de los trabajadores en la industria consiguieron mejores condiciones para estos, cada vez más sirvientes desertaron para irse a las fábricas; la Primera Guerra Mundial marcó el principio del fin: había que sustituir a los hombres que luchaban fuera, y estos trabajos ofrecían el plus de la libertad, de no tener que atender los caprichos de otras personas y disponer de tiempo personal. Los empleadores, que en la última década del siglo XIX empezaron a ofrecer un día libre al mes (sí, al mes), conocido como “el día libre de la cocinera”, a principios del XX añadían una tarde a la semana a las horas libres del domingo, y tras la guerra, un día a la semana. A mediados del siglo XIX, los empleadores podían contratar a una camarera por doce libras al año, ni siquiera el doble de lo que costaba una suscripción al *Times*; el salario fue subiendo, pero no podían competir con las mejoras en las condiciones de vida de los obreros, que ahora miraban con menosprecio a los criados. Tras la primera guerra comenzó la desertación de candidatos al servicio y ya nada pudo frenarla. El mundo de *abajo* había pasado a la historia, lo que no quería decir que hubiera sucedido lo mismo con el de *arriba*. |

**Frank Victor Dawes**  
Nunca delante de los criados  
TRADUCCIÓN DE ANGELES DE LOS SANTOS, PERIFÉRICA, 256 PÁGINAS, 17,57 EUROS

**Margaret Powell**  
En el piso de abajo  
TRADUCCIÓN DE ELENA BERNARDO GIL, ALBA, 216 PÁGINAS, 18,52 EUROS

## latidos

# Posando para Bernadó

Cuando Jordi Bernadó contactó con Gretchen Cara Daily y le explicó su proyecto, la bióloga americana se quedó perpleja. El fotógrafo la invitaba a elegir un lugar, pero no cualquiera, sino nada menos que “su lugar en el mundo”, y a que se desplazaran allí para fotografiarla... de espaldas.

Daily le ofreció encontrarse en el campus de Stanford, su universidad, pero tras algunas reflexiones decidió que su “lugar en el mundo” era la base científica donde trabaja parte del año, en la selva de Costa Rica. “Es un sitio complicado –le dijo–, te invito a cenar allí”. Fue una cita “sofisticada y cara”, recuerda el fotógrafo: avión hasta San José, alquiler de una avioneta hasta la selva, y luego traslado por carretera hasta el lugar del encuentro...

La imagen resultante de esta reputada investigadora en Ciencias Ambientales

Porque no busco realizar el retrato de una cara, sino de una decisión”.

“Varios de los retratados –añade– me pidieron tiempo para pensarlo; algunas de las historias que encontré no se pueden explicar porque fueron muy personales. Y lo más importante es que verlos se convierta en un activador para que el espectador se pregunte cuál es su propio lugar en el mundo, y constituyan así también un retrato de quien mira”. El proyecto le ha llevado a varios continentes; al principio “asumi yo los costes. Pero durante el proceso la colección de arte de Banc Sabadell me compró catorce retratos, unos ya hechos, otros por hacer, y eso me permitió completar los viajes”.

Su trabajo, que presenta habitualmente en la galería Senda, combina intención conceptual y sentido de la belleza, “una palabra proscrita en el



Jordi Bernadó (Lleida, 1966), el pasado domingo en el Gran Teatre del Liceu. CULLIEM ROSSET/ACN

tales, que posó de espaldas frente al árbol de La Ceiba en Sabalito, es una de las que pueden verse estos días en la exposición que el MNAC consagra a Bernadó. Previamente esas fotos aparecieron durante diez meses, entre 2018 y 2019, en este suplemento bajo el título de *Proyecto ID*. Y en ambos casos las imágenes han ido acompañadas de textos de la escritora Laura Ferrero, cómplice habitual de Bernadó, con larga vinculación al *Cultura/s*. En el MNAC las obras seleccionadas gozaron de una espectacular instalación en medio de la sala oval, en un espacio acotado por largos velos negros.

Woody Allen en el Metropolitan Museum de Nueva York; Stephen Hawking en el Centre for Mathematical Sciences de Cambridge –en su último retrato aparece mirando a la Luna–; Rosario Quispe, líder de la comunidad Warmi, en Salinas Grandes, Argentina; Jimmy Wales, cofundador de Wikipedia, en The London Library; el Nobel Gao Xinguan en el Palais Royal de París; la escritora Chimamanda Ngozi Adichie en el Freedom Park de Lagos... “Para mí son gente inspiradora –argumenta el artista leridano–, todos han intentado cambiar el mundo desde distintos ángulos, y a todos me acerqué pidiéndoles lo mismo: posar de espaldas y escoger su lugar en el mundo. Esa petición obliga a repasar tu vida, a decidir si es más importante lo personal o lo profesional, el pasado o el presente, un buen o un mal recuerdo.

mundo del arte actual pero que yo reivindicó”. Utiliza una cámara de gran formato, con componentes de distintas marcas, y trabaja con tripode; “implica un proceso lento y no hay ningún virtuosismo técnico, aparte de que

**Retrata de espaldas a figuras que cambian el mundo, y convocó en el Liceu a 2.000 personas en el encuentro Me We**

la composición es siempre idéntica”.

Ante una filosofía visual tan sugestiva, ¿quién podría resistirse a su invitación para participar en el encuentro Me We, que reunió a casi 2.000 personas de 58 nacionalidades en el Liceu el pasado domingo? Sentado con mi mujer en el anfiteatro pudimos contemplar la conversión del escenario en un gran espejo de tela reflectante que devolvía nuestra imagen, y después la aparición de Bernadó sobre una plataforma de montaje, como un mago de *La flauta mágica*, cuyo decorado le amparaba, dispuesto a retratarnos a los allí reunidos “como excusa para activar la reflexión sobre Barcelona”. La actuación del coro del Palau de la Música, distribuido entre el público, subrayó el carácter colectivo del momento. Broche adecuado para otra aventura de un fotógrafo acostumbrado a pensar y proyectar a lo grande.

SERGIO VILA-SANIUÁN



pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER  
PressReader.com +1 604 278 4604  
COPYRIGHT AND REPRODUCED BY PRESSREADER